CAPÍTULO IV

RESIDENCIA EN EL MONASTERIO DE LAS FULDENSES

(1603)

MADAMA de Lestonnac, recibida con júbilo por toda la comunidad de las Fuldenses, se creyó ya en la antesala del cielo. Además de la Priora, Carlota de Santa Clara, (Señorita Ogier de Touges) y Sor Antonia de Santa Escolástica (Antonia de Orleans), de quienes ya hemos hecho mencion, moraban en el monasterio de Tolosa varias religiosas pertenecientes á las primeras familias de la comarca, y cuyas admirables virtudes contribuian á su admirable reputacion de santidad (1).

Despues de las pruebas ordinarias, tomó el habito de manos de la Priora, Carlota de Santa Clara, y recibió el nombre de Sor Juana de San Bernardo. Don Juan de San Esteban predicó en la ceremonia. "Juana de Lestonnac, refiere la historia del monasterio, viuda de Gaston de Montfer-

(1) Como recuerdo citaremos á las siguientes: Madre Juana de Santa Maria (Srta. de la Sarriette), Madre Margarita de Santa Magdalena (Srta. de Barreau), Sor Francisca de Santa Maria (Srta. Girard), Sor Catalina de Santa Febronia (Srta. Catalina de Segui), Sor Margarita de Santa Potenciana (Srta. Margarita de Seisses), Sor Leona de San Pedro (Srta. Luisa de Morrey), Sor Ana de Santa Valeria (Srta. Desflottes).

rant, señor y baron de Landiras, cerca de Burdeos, llena de celo y de fervor, sobreponiéndose á la flaqueza de su complexion, comenzó la vida cisterciense, y tomó el santo hábito con gran devocion, el dia 11 de Junio del año mil seiscientos tres (1).„

"Para siempre„, dijo entre sí, allá en el fondo de su corazon agradecido, la humilde y fervorosa novicia; pero Dios en su providencia iba á responderle: "No, para muy poco tiempo„! Y en efecto, Sor Juana de San Bernardo no debia pasar mas que seis meses en el piadoso asilo, á donde se habia retirado. Seis meses!..... eran ciertamente muy poco para un alma ordinaria, pero fue tiempo muy suficiente para permitirle á ésta hacer prodigios.

"Dios, observa á este propósito el P. Beaufils, inspira á veces designios, á cuya ejecucion él mismo opone obstáculos insuperables. Quiere que Abraham le sacrifique á su hijo, y detiene la mano que va á descargar el golpe sobre su cabeza. Destina á Moisés para guiar á su pueblo hácia la tierra de promision, en la cual quiere establecerle; y hace que encuentre el fin de su vida, cuando estaba á punto de entrar en ella. Todas estas son pruebas, á que quiere someter la fe y la obediencia de sus escogidos. Se complace en desconcertar asi nuestras previsiones, para que no las llevemos demasiado lejos, y para acostumbrarnos á no ver mas que el camino, por donde él nos conduce, sin dirigir nuestras curiosas miradas hácia un porvenir, que se complace en tenernos oculto, bajo los velos del misterio. El designio de Dios sobre Sor Juana de San Bernardo, no era el tenerla encerrada en las tinieblas de una vida oscura, donde estuviese como en un estado de muerte. No quiso tenerla oculta por algun tiempo *donde está escondido su rostro* (2), sino, para presentarla en seguida en las obras de celo y hacerla trabajar en la conquista de las almas. Mas era menester, para hacerla instrumento á propósito para

(1) *Histoire des Feuillantines de Toulouse* por dom Juan Bautista de Santa Ana.
(2) Salm. XXX, 21.

tan alto ministerio, que ella echase sólidos fundamentos de la vida espiritual; que aprendiese á olvidar el mundo y el espíritu del mundo; á luchar consigo y á renunciarse á sí mismisma; que pasase como Jesucristo dias penosos en el desierto, entregada á los rigurosos ejercicios del ayuno y de la oracion, ántes de aparecer nuevamente en el mundo; en fin, que buscase en esta escuela de piedad, á donde habia venido á encerrarse, un modelo de virtudes religiosas, cuya práctica habia de introducir en la nueva Orden, que ella debia gobernar (1)„.

Seguramente, Sor Juana de San Bernardo ignoraba estos designios de la Providencia. Ella no habia podido descubrir en su propio corazon la menor restriccion para el holocausto. Consideraba el monasterio, en que acababa de entrar, como aquella "region del olvido, *terra oblivionis*, de que habla el Salmista (2), que habia de ser para siempre su morada, como una tumba de la cual no habia de salir, sino para resucitar el dia del juicio. Mirando en torno suyo, conoció la gran diferencia que hay entre las virtudes del mundo, aun las más sobresalientes, y las que se practican en la religion. Estas son sólidas, animadas de espíritu de fe y sumisas á la obediencia; aquellas son frecuentemente obra de la ilusion, de la vanidad, ó á lo ménos, de la voluntad propia. Persuadida, por humildad, de que hasta entónces no habia hecho nada por Dios, se creyó obligada á comenzar, á costa de nuevos esfuerzos, la obra de su perfeccion. "Olvidando, á ejemplo del Apóstol, las cosas de atrás y atendiendo solo y mirando á las de delante, iba corriendo hácia el blanco de su carrera, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo„ (3).

Quién podrá describir los actos de virtud de la fervorosa novicia? A juzgar por el ardimiento de su devocion, cualquiera hubiera podido creer que presentia las dificultades de lo venidero: y se hubiera dicho que se apresura-

(1) *Vie de la vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, p. 39.
(2) Salm. LXXXVII, 13.
(3) Philip. III, 13.

ba á adquirir en pocos meses el mérito de largos años. Nosotros nos contentaremos con reproducir el cuadro trazado por sus historiadores, para que sirva de modelo á las almas generosas, desde que empiecen la vida religiosa.

Comenzó ella por desconfiar de sus propias luces y despojarse de su propia voluntad; empresa harto difícil para una persona de su edad. La juventud se doblega sin resistencia á lo que se le exige, y se acostumbra dócilmente al yugo del Señor; pero cuanto más se adelanta en edad, tanto mas costosa se hace la dependencia del estado religioso. Aun en las almas virtuosas, casi nunca es entera la sumision del entendimiento. Por efecto de un largo hábito de hacer su voluntad, se resiste ordinariamente á las impresiones extrañas, para abundar en su propio sentido, y no se acomodan bien ni á las formas, ni al espíritu de la religion que abrazan. No sucedió así con Sor Juana de San Bernardo.

La humilde sierva del Señor se sirvió de las luces que habia recibido, para someter su propio juicio al de las demás. La que durante muchos años habia gobernado con tanta prudencia su familia, se creyó del todo incapaz de gobernarse á sí misma. Se la vió, conforme al consejo del divino Maestro, volver á la condicion de la niñez, queriendo imitar la influencia y simplicidad de la infancia. Consultaba á sus maestras, escuchaba sus lecciones y les pedia con instancia, que le dijesen claramente sus defectos y que no dejaran de reprenderla y corregirla. Se mostraba ansiosa de oprobios y era difícil hartarla de humillaciones. La primera en asistir á todas las distribuciones de la observancia religiosa, no consentia en admitir mas privilegios, que el de ser la más desatendida de todas, y el de dar ejemplos contínuos de abnegacion y de humildad. El fervor de las novicias avivaba su emulacion, creyéndose más obligada que nadie á hacer rápidos progresos en el camino de la perfeccion. Las otras, decia ella, son todavia jóvenes y pueden prometerse muchos años de vida y les basta ir adelantando poco á poco para llegar al fin, á donde se dirigen. Pero á mí me queda poco tiempo de vida, y debo por lo mismo reparar con toda diligencia, los años que he perdido en el mundo. Y á la manera que un viajero retrasado en su camino apresura el paso, para llegar antes de la noche al término de su viaje, así ella corrió por el camino de la santidad, para seguir aunque fuese á alguna distancia, á las fieles esposas de Jesucristo, en cuya compañia tenia la dicha de vivir.

No contenta con trabajar sin descanso en dominar su espíritu, declaró guerra cruel á su cuerpo, y se entregó sin contemplacion de ningun genero, á todas las austeridades de una regla, de suyo sumamente estrecha. Y en efecto, algunos años despues, tuvo que intervenir la autoridad eclesiástica para mitigarla, so pena de ver muy pronto desierta una casa en que tanto se servia á Dios. Y, sin embargo, la generosa novicia no encontró obstáculo alguno, bastante á hacerle decaer de ánimo. Ni las fatigas del dia, ni los ayunos contínuos, ni las vigilias nocturnas, ni el silencio perpétuo, ni lo largo del rezo, nada quebrantó su constancia, nada entibió su fervor.

Es verdad que Dios recompensaba con liberalidad todas las penas, con que afligia su cuerpo. Aquel don de oracion con que ya la habia favorecido en el siglo, se le comunicó ahora con mucha más abundancia. Parece que no habia mas que dulzuras y consuelos espirituales que, embotando casi enteramente todo sentimiento de dolor, suavizaban, por las delicias del espíritu, la mortificacion de la carne. "En una palabra, añade el P. Julia, siendo todavia novicia, se mostraba ya verdadera maestra, por el fervor con que se consagraba á Dios, viéndose todas las religiosas obligadas á confesar, que en la escuela y en la viña del Señor, los últimos son con bastante frecuencia los primeros (1)."

Mas sin embargo, este género de vida demasiado austera acabó por debilitar una naturaleza ya de suyo poco robusta. Solícitos cuidados y fervorosas oraciones fueron los

(1) *Vie de la vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, c. VI, p. 54.

remedios empleados para fortalecer esta salud, tan preciosa; aunque todo fue inútil y la enfermedad hizo rápidos progresos. Apenas habia vivido unos cuantos meses en el noviciado Sor Juana de San Bernardo, y ya sus fuerzas estaban casi del todo agotadas. Fueron llamados varios médicos y de los de más nombradía. Todos, despues de un detenido y maduro exámen, declararon que aquella enfermedad no tenia remedio, á no ser un cambio radical de vida. La regla, con sus austeridades, era absolutamente contraria al temperamento de la pobre enferma; y en breve vendria la muerte, á la hora menos pensada, si ella se obstinaba en seguir observándola.

Declaracion tan categórica no pudo menos de extrañar á la enferma, pero sin desalentarla; y al punto tomó su determinacion. "Si no se trata mas que de morir, dijo ella, estoy enteramente preparada para la muerte, que nada tiene de espantosa para quien nada tiene en la tierra. Unicamente hubiera deseado que se aplazase un poco, para tener más tiempo de reparar lo pasado, con la penitencia; pero si el cielo lo ha dispuesto de otro modo, déjenme morir con el santo hábito, que tengo el consuelo de vestir. Si no merezco vivir en una casa tan santa, permítaseme á lo menos encontrar en ella mi sepulcro (1).„

Tales sentimientos expresados de una manera tan tierna, edificaron en gran manera á cuantos la oyeron hablar asi. Cuanto mas ponía de manifiesto Sor Juana de San Bernardo su indiferencia para la vida, tanto mas deseaban todos hacer todo lo posible por prolongársela, porque su mérito y su virtud la habian hecho muy querida á toda la comunidad. Todos los socorros humanos parecian inútiles y se pensó en acudir á la divina Omnipotencia. Sólo un milagro podia hacer que no sucumbiese: y Dios no quiso emplear este medio extraordinario. La enfermedad era una ocasion de que queria valerse su providencia, para retirarla de un estado, en el cual no debia consumar su sacrificio.

(1) Beaufils, p. 48.

A pesar de los remedios y de las oraciones, el mal iba empeorando de dia en dia; viniendo muy pronto los síntomas alarmantes á confirmar las previsiones de la ciencia. Fue, pues, forzoso recurrir á la suprema y única medida, á alejarla de allí cuanto ántes. La Priora, juzgando que no habia ya que andar en mas dilaciones, fué á ver á la enferma y le comunicó la órden de los médicos y la voluntad del cielo; era de todo punto necesario cambiar de vida. "Por otra parte, le dijo para consolarla, no es precisamente el lugar el que hace santos; Dios, que hasta aqui se ha mostrado tan bueno, continuará siempre dispensándoos los mismos favores (1).„

Este triste anuncio desconcertó por completo á la pobre novicia, que no pudo responder á él más que con suspiros y lágrimas. Sobrecogida por una gran agitacion, no sabe que resolucion tomar. Cuanto más reflexiona sobre su situacion, tanto más aumenta su incertidumbre: por todas partes se le presentan inconvenientes, que en vano intenta evadir. Qué hacer en tan apurado trance? Quedarse en la religion?. Pero si alli va á servir sólo de carga para sus hermanas y para sí misma, incapaz de cualquier oficio y de seguir las prescripciones de la regla; y además, ¿no acaban de decirle claramente que ni habia que soñar en ello? Volverse al mundo? Pero entónces, en qué van á parar todos sus proyectos de perfeccion? Cómo prometerse en él seguridad alguna de salvarse? Y luego, qué se dirá de su salida del monasterio? No se miraria este paso como una desercion, ó como una ligereza imperdonable, ó como efecto de una temeridad imprudente, que la habia hecho acometer una empresa muy superior á sus fuerzas? Sin embargo, no le duró mucho este sentimiento; porque era ya en ella hábito muy antiguo el despreciar todo respeto humano. La lucha fue larga y penosa: "Señor, decia ella en lo mas recio de su angustia, como Jesus en el huerto de Getsemaní: si es posible, pase de mi este cáliz!„ Pero, añadia inmedia-

(1) Beaufils, p. 48.

tamente, "hágase vuestra santísima voluntad y no la mia!„

Para desvanecer las dudas que ocasionaban á su alma tanta turbacion, y verse libre de tan rudos asaltos, acudió al Padre de las luces, suplicándole con las mas vivas instancias, que se dignara iluminar su entendimiento. Llegada la noche, la pasó toda entera en oracion, sin cesar de repetir á Dios con el profeta: "Mostradme, oh Señor, vuestros caminos, y enseñadme vuestros senderos (1).„ "Yo he seguido vuestras órdenes al venir á este lugar; sois vos por ventura, quien me alejais de él por órdenes contrarias? Queriais mi salvacion, separándome del mundo; no la quereis ya, haciéndome volver á él? Pero no: bien conocidas me son vuestras bondades para que vaya yo á desconfiar de ellas. Sois mi Padre, amais las obras de vuestras manos, y no permitireis que me extravíe. Hablad, pues, oh Guia divino de mi alma; explicaos; qué quereis de mí? No hagais caso de mis deseos ni de mis repugnancias; yo quiero todo lo que vos quereis; la consolacion ó el sufrimiento, la vida ó la muerte, todo es igual para mí, con tal que yo os ame, que os sirva, y os glorifique; que yo sea toda vuestra, y vos seais todo mio (2).„

Tal era el estado de abnegacion, en que Dios queria ver á esta alma privilegiada, para acabar de purificarla, y para levantar sobre el anonadamiento de sí misma y el entero sacrificio de sus inclinaciones, el edificio de una elevada perfeccion. La hora de la luz y de la paz vino muy luego, en pos de este acto de generoso abandono. Se desvanecieron por completo las dudas y perplejidades de la enferma; á la tempestad que habia estallado en su corazon, sucedió la mas profunda calma. Se sintió llena de consuelo y comprendió que un cambio tan repentino era obra de la mano del Altísimo. Vivos resplandores disiparon á un tiempo las tinieblas de su espíritu, y bajo la influencia de estas visitas de la gracia, conoció claramente que el camino que habia emprendido, no era un estado definitivo: eran otras las miras que Dios tenia sobre ella.

(1) Salm. XXIV, 4.
(2) Beaufils, p. 52.

Entónces le fue revelado que estaba destinada á ser fundadora de una Orden nueva, instrumento de salvacion para bien de las almas; y que sería madre de una numerosa posteridad de hijas espirituales. No se le ocurrió la menor duda acerca de esta revelacion, porque Dios favoreció á la piadosa enferma con una vision extraordinaria, como se supo despues, de sus propios labios. Vió abierto de par en par el infierno sobre las pendientes del abismo y próximas á caer en él, una infinidad de almas que reclamaban su auxilio. En el mismo instante sintió su corazon abrasado de un celo ardiente de la salvacion de los prójimos, y vislumbró el primer bosquejo de la Compañía de Nuestra Señora. Por otra parte se ofreció á los ojos de su alma el cuadro de las grandezas de la Reina del Cielo. Este era el tipo incomparable, presentado á la imitacion de la nueva Compañía, el que ella debia glorificar por la inocencia de la vida, á los ojos de los herejes enemigos de la virginidad; el que ella tenia encargo de reproducir en las almas, por la educacion, y ofrecer á las jóvenes, como la mejor salvaguardia para su futura suerte (1).

Tales comunicaciones no dejaban ya á Sor Juana de San Bernardo el menor pretexto para resistirse. Al volver la Priora el dia siguiente por la mañana, la encontró enteramente sumisa á las disposiciones de la obediencia. Este cambio de disposiciones era obra de Dios, en cuyas manos están todos los corazones y él los trueca como quiere. Se convencieron de ello, por otro suceso que parecia milagroso. Lo mismo fue dejar la novicia el hábito de las Fuldenses, que sentirse instantáneamente curada. Se vió, pues, con razon en esta curacion repentina, un nuevo indicio de la voluntad del cielo. Librada de su enfermedad, Madama de Lestonnac recobró al punto sus fuerzas y se encontró en disposicion de ponerse en camino.

(1) P. Teyssèdre: *La vénérable Mère Jeanne de Lestonnac*, p. 24.

009063

Partió á fines de Diciembre de 1603, seis meses después de haber tomado el hábito. Esta separacion fue acompañada de mucho sentimiento y de tiernas despedidas, porque mútuamente se amaban con un amor basado sobre la estimacion recíproca y la más acendrada caridad.

La iglesia y el monasterio de las Fuldenses no existen ya hoy en dia, habiendo desaparecido hasta sus ruinas. Sobre el solar que ocupaban, se han construido casas particulares, y no queda de esta piadosa morada, testigo de tantos sacrificios, más que el recuerdo de las virtudes mas heróicas (1).

(1) *Histoire des Feuillantines* por dom Juan Bautista de Santa Ana. "No pudiendo de ninguna manera, dice el historiador de las Fuldenses al hablar de la salida de Madama de Lestonnac, soportar el rigor de este Instituto, se vió obligada á desistir de su empresa durante el año del noviciado, aunque sin olvidar las santas instrucciones que en él habia recibído,.,.

....Yo hallo, añade el mismo escritor, en las memorias de las que vivieron en las Fuldenses con esta virtuosa viuda, que al salir de esta casa, declaró que no habia entrado en ella con ánimo de quedarse allí haciendo la profesion, para lo cual no se sentia con fuerzas suficientes: sino únicamente habia pretendido vivir algun tiempo retirada en su compañia, para adquirir el verdadero espíritu religioso en el monasterio más perfecto del reino, pasa ir luego á fundar la congregacion de las Hijas de Nuestra Señora, para cuya fundacion queria Dios servirse de su ministerio, como se lo habia hecho conocer con pruebas muy evidentes, aun antes de su matrimonio, las cuales se habian renovado la víspera de su salida del monasterio de las Fuldenses: si bien éstas tendrán siempre la gloria de haber contribuido por su parte á esta fundacion, por los sentimientos de piedad, que sus virtudes y ejemplos inspiraron á esta devota señora.„

Nosotros no creemos, digan lo que quieran las memorias consultadas por dom Juan Bautista de Santa Ana, que la intencion de "fundar la congregacion de Hijas de Nuestra Señora„ fuese ya cosa decidida en la mente de Juana de Lestonnac "antes de su matrimonio„; pero nos complacemos en comprobar la tradicion conservada en el monasterio de las Fuldenses acerca de las "pruebas muy evidentes„ que á este efecto le fueron dadas "la víspera de su salida„.

CAPÍTULO V.

VIDA DE PERFECCION EN EL SIGLO

(1603—1606)

El rumor de su salida de las Fuldenses habia llegado á Burdeos ántes que Madama de Lestonnac. Este acontecimiento imprevisto podia dar ocasion á interpretaciones poco favorables y á conversaciones menos caritativas . Una persona ménos desprendida de las vanidades del mundo, hubiera quizá pensado en prevenir la malicia de los juicios humanos, procurando justificar su modo de proceder. No lo hizo asi esta alma ya toda de Dios; estaba pronta á sacrificar su reputacion, como todo cuanto pudiera ofrecerle de ventajoso la vida. Al volver de nuevo al mundo, la antigua novicia de las Fuldenses, habia tenido mas cuidado que nunca de que se desapegara de él su corazon. Se presentó, pues, en público, como de ordinario, con la seguridad propia de una conciencia intachable. Fue acogida en todas partes con unánimes demostraciones de estima y de contento. Lo mas selecto de la sociedad se apresuró á darle el parabien por su vuelta y por el restablecimiento de su salud. Sus hijos, sobre todo, bendijeron á Dios que al fin devolvia á su tierno corazon á una madre tan santa.